

LA SCI. DE LA TIERRA

Eduardo Sartelli

LA SAL DE LA TIERRA

*Clase obrera y lucha de clases
en el agro pampeano, 1870-1950*

Tomo I

Ediciones *ryr*

Sartelli, Eduardo

La sal de la tierra : clase obrera y lucha de clases en el agro pampeano, 1870-1950 /
Eduardo Sartelli. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : RyR, 2022.
v. 1, 592 p. ; 23 x 16 cm. - (Investigaciones CEICS / Eduardo Sartelli ; 18)

ISBN 978-987-4412-37-9

1. Movimiento Obrero. 2. Lucha de Clases. 3. Industria Agropecuaria. I. Título.
CDD 306.349

Obra Completa 978-987-4412-36-2

© CEICS-Ediciones ryr, 2022, Buenos Aires, Argentina

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Printed in Argentina-Impreso en Argentina

Se terminó de imprimir en Monteagudo 741, Villa Lynch, Buenos Aires, Argentina.

Primera edición: Ediciones ryr, Buenos Aires, febrero 2022

Responsable editorial: Gonzalo Sanz Cerbino

Diseño de tapa: Luis Cubilla

Diseño de interior: Santiago Rossi Delaney

www.razonyrevolucion.org.ar

editorial@razonyrevolucion.org.ar

Abreviaturas

Diarios

BP: *Bandera Proletaria*
CH: *Chacabuco*
ECO: *El Colono del Oeste*
ED: *El Diario*
EDesp: *El Despertar*
Ger: *Germinal*
LA: *La Argentina*
LAN: *La Antorcha*
LAO: *La Acción Obrera*
LAR: *La Argentina*
LAS: *La Acción Socialista*
LC: *La Capital (Rosario)*
LN: *La Nación*
LNP: *La Nueva Provincia*
LOO: *La Organización Obrera*
LP: *La Prensa*
LPro: *La Protesta*
LR: *La Razón*
LT: *La Tierra*
LU: *La Unión*
LUM: *La Unión del Marino*
LV: *La Vanguardia*
LVI: *La Voz del Interior*
PL: *Pampa Libre*
Or: *Orientación*
TP: *Tribuna Proletaria*

Varios

ASR: *Anales de la Sociedad Rural Argentina*
AIA: *Asociación de Importadores de Automotores*

BDNT: Boletín del Departamento Nacional del Trabajo
BAG: Boletín de Agricultura y Ganadería
BAGRA: Boletín de Agricultura y Ganadería de la República Argentina
BMDGE: Boletín Mensual de la Dirección General de Estadísticas
CONAGRANEL: Comisión Nacional de Granos y Elevadores
JNCD: Junta Nacional de Combate a la Desocupación
MA-SPI: Ministerio de Agricultura - Sección de Propaganda e Informes

Organizaciones

CCT: Centro Cosmopolita de Trabajadores
FATRE: Federación Argentina de Trabajadores Rurales y Estibadores
FOC: Federación Obrera Comarcal
FOD: Federación Obrera Departamental
FOL: Federación Obrera Local
FOP: Federación Obrera Provincial
FORP: Federación Obrera Regional Portuaria
FST: Federación Santafesina del Trabajo
SOV: Sindicato de Oficios Varios
UOD: Unión Obrera Departamental
UOP: Unión Obrera Provincial
UOPER: Unión Obrera de la Provincia de Entre Ríos
UTA: Unión de Trabajadores Agrícolas

Dedicatorias...

A Papá, nuevamente y por última vez.
A Mamá, con toda la tristeza del alma.
Para Luciano y Rosana, la primera de tantas que vendrán.
Para Vicky, la alegría de su abuelo.
A Osvaldo Bayer, porque la verdad vale, aunque no tenga precio.
A las obreras y obreros argentinos:
salud y victoria.

y agradecimientos...

A Waldo Ansaldi y Horacio Pereyra, por el impulso inicial;
a Horacio Giberti, por el ejemplo;
a Marina Kabat, por la persistencia de la amistad y del trabajo común;
a Damián Bil y Santiago Ponce por el auxilio urgente y preciso;
a Rodolfo Leyes, Gonzalo Folco y César Villena,
por su generosidad, tan poco común entre colegas;
a Gonzalo Sanz Cerbino, por el empeño puesto en esta edición;
a mis compañeros de *Razón y Revolución* por la ayuda, la confianza y el respeto;
a las obreras y obreros argentinos, insisto,
por el camino que se abrirá a nuestro paso,
más temprano que tarde.

Introducción

“Escribir la historia de un partido no significa otra cosa que escribir la historia general de un país desde un punto de vista monográfico, para subrayar un aspecto característico. Un partido habrá tenido mayor o menor significado y peso, justamente en la medida en que su actividad particular haya pesado más o menos en la determinación de la historia de un país.”

Antonio Gramsci

“Estos golondrinas eran una parte necesaria de la economía cerealera en expansión de la Argentina. Empleados por colonos, arrendatarios y estancieros, constituyeron la mano de obra de que carecía la Argentina para recoger las cosechas récord de trigo. Su impacto social sobre el campo, sin embargo, no puede ser comparado con el del colono o el arrendatario. Eran verdaderas golondrinas, hombres cuya importancia cultural resultaba apenas un poco mayor que la de la maquinaria usada para cosechar y trillar el cereal.”

James Scobie

“Nuestras clases dominantes han procurado siempre que los trabajadores no tengan historia, no tengan doctrina, no tengan héroes ni mártires. Cada lucha debe empezar de nuevo, separada de las luchas anteriores: la experiencia colectiva se pierde, las lecciones se olvidan. La historia aparece así como propiedad privada, cuyos dueños son los dueños de todas las otras cosas.”

Rodolfo Walsh

El problema

El problema que este libro busca resolver puede enunciarse de la siguiente manera: ¿cuál es el lugar que la fracción rural pampeana de la clase obrera ha ocupado en el desarrollo de la sociedad argentina? Y desde allí, ¿qué puede enseñarnos sobre la historia de la clase, en particular y de la experiencia nacional en general? Entendemos por “lugar” el rol que le cupo en el proceso de acumulación de capital que sostiene a la Argentina como Estado-Nación, pero también el papel jugado en

los procesos sociales y políticos que lo expresan históricamente. La razón de esta pregunta se encuentra en las tres citas que encabezan esta introducción. Si bien es cierto que, como se verá más abajo, el trabajo historiográfico ha puesto sobre la mesa una importante masa de conocimiento nuevo sobre la clase obrera y sobre los obreros rurales pampeanos, la mayoría de esa producción se limita a reconstruir hechos, sin vinculación con los grandes momentos de la historia argentina, a veces ni siquiera con los de la propia clase. El enfoque aquí adoptado es el que propone Gramsci, solo que, donde él dice “partido”, nosotros diremos “clase”. Por otra parte, a pesar del notable esfuerzo de reconstrucción empírica del que hablamos, su conclusión no está lejos de la expuesta por Scobie más arriba. Ello se debe a que, por lo común, se encuadra en una perspectiva política burguesa, aún cuando a veces se pretenda “marxista” o “de izquierda”. Por ello, lo que señalara tan acertadamente Rodolfo Walsh y que sonaba tan preciso y contundente cuando comenzó la investigación que culmina en este libro, mantiene hoy, a pesar del tiempo transcurrido, todo su valor.

La respuesta que se ofrece contradice tanto las imágenes provenientes de la historia agraria pampeana como de la historia de la clase obrera argentina, tanto a derecha como a izquierda. En ambas, el proletariado rural pampeano prácticamente no existe o si se le reconoce alguna importancia, no se le otorga el peso correspondiente en la reconstrucción de los procesos históricos y en la caracterización de las estructuras sociales que encarna. Este texto, por el contrario, viene a sostener que el proletariado rural pampeano es, durante buena parte del período estudiado, el principal productor de valor de la economía argentina y que, por lo tanto, sobre sus espaldas se ha construido este país. Además, que ha participado de todos los procesos importantes de la historia argentina, por lo menos durante el período que cubre este estudio. *Centralidad* en el proceso de acumulación y *participación destacada* en los procesos sociales y políticos, esa es la respuesta al interrogante planteado. Veamos primero por qué decimos que esta afirmación contradice el conocimiento existente sobre el objeto en cuestión.

Un doble olvido

En la historia argentina, la “cuestión agraria” pampeana, ha ocupado siempre un lugar relevante y, en su interior, la “cuestión chacarera” ha estado casi siempre en primer plano. Terratenientes y chacareros protagonizan allí un drama que no parece tener muchos actores más y que los coloca, también casi siempre, en posiciones antagónicas. Muy de vez en cuando el libreto ofrece algún lugar para actores secundarios (compañías cerealistas, alguna “burguesía media”, cuando no el “imperialismo” y los bancos). Sea como sea, terratenientes y chacareros resultan ser siempre los actores fundamentales de la historia rural.

Así, la historia agraria “oficial” (tanto la liberal como la socialdemócrata) es siempre la historia de los terratenientes (o de la burguesía agraria, o de la “élite”), mientras que la historia “alternativa”, incluso con discurso marxista, es siempre historia de los chacareros (o de los “campesinos” o de la “agricultura familiar”). La mayoría de los análisis de la izquierda argentina sobre el agro pampeano, desde los más “tradicionales” a los más “modernos”, no son más que el reflejo de la imagen

que los chacareros han transmitido de sí mismos. Si la historiografía “terratendiente” ha tratado siempre de afirmar la existencia de una realidad armoniosa y delicadamente bucólica, los chacareros se han esforzado, con no menor empeño, en encubrir su naturaleza burguesa, demostrando que son ellos los verdaderos productores del campo y los únicos explotados. La importancia real del proletariado pampeano ha sido sepultada bajo una doble lápida: el llanto chacarero y la pastoral deliberadamente elegíaca del terrateniente.

En parte, esta situación se debe a que terratenientes y chacareros han dejado abogados de su causa mientras los obreros rurales pasaron a la historia en silencio, incluso en el campo de la historiografía sobre el movimiento obrero. En la historia del proletariado argentino existen dos dimensiones examinadas con cierta asiduidad: la trayectoria de los agrupamientos políticos propios de la clase obrera (la historia de los partidos políticos); la actividad del proletariado como corporación (la historia sindical). Así, las “historias” de la clase obrera son en realidad historias del movimiento obrero y de los partidos que se reclaman “del proletariado”.¹ Poco hay sobre la historia de la clase en sí² y, mucho menos, de la lucha de la clase obrera.³

¹De la abundante bibliografía existente citamos, sólo a modo de ejemplo, los clásicos de las tradiciones anarquista, socialista y sindicalista: *La FORA. Ideología y trayectoria de movimiento obrero revolucionario en la Argentina*, de Diego Abad de Santillán; *Gremialismo proletario argentino*, de Jacinto Oddone y *El movimiento sindical argentino*, de Sebastián Marotta, respectivamente. Ejemplos modernos son Bilsky, Edgardo: *La FORA y el movimiento obrero, (1900-1910)*, CEAL, Bs. As., 1985 y *La Semana trágica*, CEAL, Bs. As., 1984, así como Del Campo, Hugo: *Sindicalismo y peronismo*, CLACSO, Bs. As., 1983 y Oved, Iacov: *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina*, Siglo XXI, 1984. Mucho más actuales aún son Suriano, Juan: *Anarquistas*, Manantial, Bs. As., 2001, Di Tella, Torcuato: *Perón y los sindicatos*, Ariel, Bs. As., 2003, Campione, Daniel: *El comunismo en Argentina. Sus primeros pasos*, Ediciones del CCC, Bs. As., 2005, Camarero, Hernán: *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*, Siglo XXI, Bs. As., 2007.

²Dejamos aquí de lado la bibliografía sobre “sectores populares”, cuya temática, por lo general, no se refiere a la clase obrera o lo hace en conjunto con otras fracciones y capas sociales a la cual la categoría mencionada da cabida, a mi juicio, indebidamente. Como veremos más adelante, su excesiva inclusividad obstaculiza un conocimiento real del proletariado y de todas las fracciones y capas que engloba. Si corresponden al estudio de la clase en sí textos como Kabat, Marina: *Del taller a la fábrica*, Ediciones ryr, Bs. As., 2005 y *La vida en las fábricas*, de Mirta Lobato (Prometeo Libros/Entrepasados), Bs. As., 2001, el primero sobre los obreros zapateros y el segundo sobre los frigoríficos. También Pascucci, Silvina: *Costureras, monjas y anarquistas*, Ediciones ryr, Bs. As., 2007 y Bil, Damián: *Descalificados*, Ediciones ryr, Bs. As., 2007, sobre confección y gráficos respectivamente.

³Distingamos también a los que se dedican al estudio de la “clase en sí” o clase para el capital, de los que toman como objeto “la clase obrera misma”. En el primer caso, se analizan las determinaciones “estructurales” de la clase, en particular, su magnitud, distribución y organización en el conjunto del proceso de acumulación del capital o bien en ramas particulares. Allí se examinan las dimensiones centradas en torno al proceso de producción y al proceso de trabajo. En el segundo caso, se construye idealmente un objeto inexistente. En efecto, la “clase obrera misma”, despojada de cualquier tipo de determinación político-corporativa, simplemente no existe. Se trata de un constructo imaginario que resulta de la sustancialización de una determinación particular, la lucha, examinada ella misma en forma parcial, es decir, las acciones con exclusión de su conciencia. Ejemplos de este enfoque son los clásicos de CICSO, *Lucha de calles, lucha de clases* y *El '69*, ambos editados por Ediciones ryr en el 2005. El primero es producto de la tarea colectiva de CICSO bajo la dirección de Beba Balvé, mientras el segundo es de la autoría de la mencionada y de Beatriz Balvé. En el período bajo estudio y tributario del mismo

En buena medida, entonces, la historia de la clase permanece poco conocida, entre otras cosas porque escasos son los trabajos que reconstruyan unidades menores de la misma, como las fracciones que la componen. Menos aún, los que reconstruyan monográficamente, como querría Gramsci en la cita que encabeza esta introducción, la totalidad de la historia de la sociedad observando la de una de sus partes. Si esto afecta al conjunto de la historia de la clase obrera, lo hace con mucha más fuerza con el proletariado pampeano, que no figura en las historias del movimiento obrero o de la clase obrera y sólo recientemente ha venido a transformarse en un objeto de estudio.

En efecto, cuando comenzamos nuestra investigación, hace ya 30 años, en el marco de un proyecto dirigido por Waldo Ansaldi, la recensión bibliográfica inicial dio por resultado no más de tres o cuatro artículos sobre el tema y sólo dos libros dedicados al mismo, aunque limitados en su marco temporal y muy generales en su aproximación.⁴ Entre los primeros estaban “La rebelión de los braceros”, de Cuadrado

grupo, Iñigo Carrera, Nicolás: *La estrategia de la clase obrera, 1936*, PIMSA-La Rosa Blindada, Bs. As., 2000.

⁴Tanto en este párrafo como en el que sigue, nos limitamos a mencionar sólo los textos que hablan del proletariado rural pampeano y que correspondan a nuestro período de estudio. Existe una bibliografía más amplia (aunque no mucho) para la etapa posterior y para provincias extrapampeanas, alguna de la cual será mencionada más adelante al discutir algunos puntos específicos. De todos modos, se pueden anotar aquí el texto de Susana Aparicio (“Trabajos y trabajadores en el sector agropecuario de la Argentina”, en Giarraca, Norma y Miguel Teubal: *El campo argentino en la encrucijada*, Alianza, Bs. As., 2005) y de la misma autora y Roberto Benencia, “Los asalariados rurales en la investigación social”, en Aparicio y Benencia (coord.): *Antiguos y nuevos asalariados en el agro argentino*, La Colmena, Bs. As., 2001. Igual que el trabajo de María Inés Alfaro citado más abajo y correspondiente a esta última compilación, esta producción, producto casi siempre de sociólogos o antropólogos, tiende a ignorar la historiografía existente para etapas previas a las que estudian. Solidaria con esta carencia de profundidad temporal, es la ausencia de conceptualización de los fenómenos estudiados, con una pronunciada tendencia a tomar como nuevas, realidades que corresponden a procesos cíclicos o de larga data. De todos modos, y salvo por el esfuerzo evidente de investigadoras como Aparicio, en general la producción sobre temas actuales tiende a privilegiar a los chacareros y otras fracciones burguesas y pequeño-burguesas del agro. Notable, en este aspecto, es la compilación citada de Giarraca y Teubal. En el mismo sentido, en la introducción a *Estudios rurales* (La colmena, Bs. As., 1999), Norma Giarraca parece confirmar que, en su opinión, los historiadores no han aportado nada al conocimiento del mundo agrario argentino... Si se quiere otro ejemplo de poco interés en la historia y del trabajo de los historiadores, véase Neiman, Guillermo (comp.): *Trabajo de campo. Producción, tecnología y empleo en el medio rural*, Ediciones Ciccus, Bs. As., 2001 y Alberto Riella y Paola Mascheroni (comp.): *Asalariados rurales en América Latina*, CLACSO, 2015. No se trata, por supuesto, de que no puedan editarse compilaciones sobre la situación actual de los trabajadores agrarios, sino de que los textos incluidos carecen de un conocimiento histórico serio sobre el problema que tratan y de que los compiladores y editores tampoco reponen esa ausencia buscando la asistencia de algún historiador. Por supuesto, no se trata de “llenar un casillero”, sino de que la falta de perspectiva histórica perjudica seriamente la investigación sociológica y antropológica, llevando no pocas veces, a errores graves. Es el caso de “Los trabajadores agrícolas estacionales. Marco teórico metodológico para un estudio de caso”, de Mónica Isabel Bendini, Martha Radonich y Norma Steimbregger, en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, año °6, n° 47, 2001. El conocimiento de la historiografía sobre el tema les habría permitido entender los fenómenos que estudian en un marco más amplio, en el cual las “novedades” se transforman en “regularidades”. También verían que ciertas hipótesis no son correctas o que al menos pueden matizarse, como la que postula que la estacionalidad

Hernández, sobre la huelga de Tres Arroyos de 1919; “La masacre de Jacinto Aráuz”, de Osvaldo Bayer y “Conflictos obreros rurales en Córdoba, 1919-1921”, de Waldo Ansaldi y María Veci, este último entonces inédito. Entre los segundos estaban *El grito de la Tierra*, de Carlos Luparia y *Desocupación y conflictos laborales en el campo argentino, (1940-1965)*, de Humberto Mascali. Desparramados entre otros temas, se encuentran datos más o menos relevantes en *Los trabajadores*, de Panettieri, *Revolución en las pampas*, de Scobie o *Italiani d'Argentina*, de Eugenia Scarzanella, y en artículos como “Descontento rural y política agraria en la Argentina, 1912-1930”, de Carl Solberg y “Mercado de trabajo y acción sindical en la Argentina, 1890-1922”, de Ofelia Pianetto, más otros textos de Ansaldi relacionados lateralmente con el problema.⁵ La imagen que surgía de este conjunto era más bien pobre en términos de recolección empírica y, con alguna excepción, de enfoque teórico, como nuestra propia investigación posterior confirmó.

Aparte de nuestra propia producción y con posterioridad, la temática ha recibido tratamiento por parte de muy pocos autores, entre los que destacan Jeremy Adelman⁶ y Adrián Ascolani⁷. Adelman ha adelantado algunas hipótesis sobre el

es un obstáculo a la organización sindical. Lo mismo se puede decir de “Auge, declinación y renovación del trabajo asalariado en la región pampeana argentina”, de Guillermo Neiman, Silvia Bardomás y Germán Quaranta (CEIL, s/f). Incluso cuando se visita la bibliografía histórica, no parece que se la ponga en perspectiva con la bibliografía y la problemática actual, como en Neiman, Guillermo: “Los estudios sobre el trabajo agrario en la última década: una revisión para el caso argentino”, en *Mundo Agrario*, vol. 10, n° 20, primer semestre de 2010. En la última década se ha desarrollado un mayor interés por los asalariados rurales, pero, por lo general, con las mismas deficiencias que hemos marcado. Por último, del mundo de sociólogos y antropólogos, el texto más interesante es el de Víctor Rau, *Cosechando yerba mate*, Ediciones Ciccus, Bs. As., 2012.

⁵Ansaldi, Waldo: *Revueltas agrarias pampeanas*, CEAL, Bs. As., 1984; *Notas para un programa de investigación de los conflictos agrarios pampeanos*, Ponencia preparada para las Primeras Jornadas de Historia Económica Argentino-americanas, Tandil, 1983; “¿Cómo estudiar los conflictos obreros rurales pampeanos?”, en Carlos Zubillaga (comp.): *Trabajadores y sindicatos en América Latina. Reflexiones sobre su historia*, Montevideo, 1989, CLACSO-CLAEH; y Veci, María: “Conflictos obreros rurales en Córdoba, 1919-1921”, publicado en Ansaldi, Waldo (comp.): *Conflictos obrero-rurales pampeanos, 1900-1937*, CEAL, 1993. Bayer, Osvaldo: “La masacre de Jacinto Aráuz”, en *Todo es Historia*, n° 45, enero de 1971 (reeditado en: *Los anarquistas expropiadores*, Legasa, Bs. As., 1983). Cuadrado Hernández, G.: “La rebelión de los braceros”, en *Todo es Historia*, n° 185, oct. de 1982. Luparia, Carlos: *El grito de la tierra. Reforma agraria y sindicalismo*, Editorial La Bastilla, Bs. As., 1973. Mascali, Humberto: *Desocupación y conflictos laborales en el campo argentino (1940-1965)*, CEAL, 1986. Pianetto, Ofelia: “Mercado de trabajo y acción sindical en la Argentina, 1890-1922”, en *Desarrollo económico*, n° 94, jul-set, 1984. Scarzanella, E.: *Italiani d'Argentina*, Marsilio Editores, Venezia, 1983. Scobie, James: *Revolución en las pampas*, Ediciones Solar, Bs. As., 1982. Solberg, Carl: “Descontento rural y política agropecuaria en la Argentina, 1912-1930”, en: Marcos Giménez Zapiola (comp.): *El régimen oligárquico. Materiales para el estudio de la realidad argentina* (vol. 1), Amorrortu, Bs. As., 1975. También puede mencionarse aquí el texto de Sansoni, Mariela: “Mercado de trabajo agrícola y paro estacional en el agro pampeano (1890-1920)”, en *Mercado de trabajo y paro forzoso*, Fac. de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP, 1990.

⁶Adelman, Jeremy: “The Harvest Hand: Wage-Labouring on the Pampas, 1880-1914”, en Jeremy Adelman (comp.): *Essays in Argentine Labour History, 1870-1930*, St. Antony's MacMillan, Series, 1992. También “Una cosecha esquivada. Los socialistas y el campo antes de la Primera Guerra Mundial”, en *Anuario IEHS*, IV, Tandil, 1989 y “State and Labour in Argentina: The Portworkers of Buenos Aires, 1910-21”, in *Journal of Latin American Studies*, Vol. 25, n° 1, feb. 1993.

trabajo rural pampeano ligadas a su interpretación del funcionamiento de la economía argentina en general, desde la perspectiva del marxismo analítico, mientras que Ascolani es el único, aparte de nosotros, que ha producido sistemáticamente sobre el tema, parte de cuyos esfuerzos se han visto sintetizados en su libro *El sindicalismo rural en la Argentina*, del que hablaremos abundantemente más adelante.⁷ También debe mencionarse la contribución de Clara Craviotti para la compilación de Ansaldi, en la que publicamos nuestros primeros textos tanto Ascolani como yo mismo.⁸ Otros se han aproximado de manera oblicua, en el marco de investigaciones parcialmente relacionadas, como Andrea Reguera o María del Carmen Arnáiz.⁹ Andreas Doeswijk, por su parte, prefiere una perspectiva completamente disímil a la nuestra, limitada al período del primer gobierno de Yrigoyen y dentro de un estudio ligado a la historia anarquista.¹⁰ Un libro completo ha sido dedicado a un aspecto de nuestro tema de investigación, el análisis del diario anarquista de La Pampa, *Pampa Libre*, de Jorge Etchenique.¹¹ En el mismo espacio, la tesis de Gonzalo Folco expone con detalle las acciones y las condiciones de existencia de nuestro personaje. De un modo más limitado para nuestro tema, en tanto tiene como objeto al conjunto de la clase obrera, procede la de Rodolfo Leyes sobre Entre Ríos.¹² También Pablo Volkind ha realizado aportes a esta labor, en particular, en relación a los vínculos entre obreros y chacareros.¹³ Para un período

⁷Ascolani, Adrián: *El sindicalismo rural en la Argentina. De la resistencia clasista a la comunidad organizada (1928-1952)*, Unqui, Bernal, 2009.

⁸Craviotti, Clara: "Mate cocido con galleta a discreción. Los conflictos obrero-rurales entre 1900 y 1916", en Ansaldi, *Conflictos...*

⁹Reguera, Andrea: "Trabajo humano, trabajo mecánico. Cadena de oficios entre ciudad y campo en el sur bonaerense. Siglos XIX y XX", en *Anuario IHES*, Tandil, 1992. Arnáiz, María del Carmen: "Aires libertarios. La Federación Obrera Comarcal entrerriana", en ídem. También pueden encontrarse alusiones menores en textos que abarcan otro momento histórico o realizan reflexiones amplias. Pueden verse, como ejemplo Alfaro, María Inés: "Trabajadores rurales y sindicalismo agrario en Argentina: avance y deudas pendientes", en Susana Aparicio y Roberto Benencia (Coord.): *Antiguos y nuevos asalariados en el agro argentino*, La colmena, Bs. As., 2001 y Rau, Víctor: "El asalariado agrícola como sujeto de lucha social", VII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología Rural (ALASRU), 20 al 24 de noviembre de 2006, Quito, Ecuador.

¹⁰Doeswijk, Andreas L.: *Los anarco-bolcheviques rioplatenses*, CEDINCI, Bs. As., 2013. Más cercanos a esta temática son "Linyeras, jornaleros y bohemios de la llanura pampeana, 1917-1930", en *Boletín Americanista*, n° 55, 2005 y "La lucha por el espacio laboral y su dimensión utópica", en *Revista de Historia*, Universidad Nacional del Comahue, Neuquén, 2000.

¹¹Etchenique, Jorge: *Pampa Libre. Anarquistas en la pampa argentina*, UNQUI-Amerindia, Bs. As., 2002.

¹²Folco, Gonzalo: *La tierra quema. Trabajadores rurales en el territorio nacional de La Pampa*, Tesis de licenciatura, Universidad Nacional de La Pampa, Facultad de Humanidades, 2015. Leyes, Rodolfo: *Cambios estructurales de la clase obrera y transformaciones sindicales, Entre Ríos, 1930-1943*, Tesis doctoral, UBA, Fac. de Filosofía y Letras, 2018.

¹³Véase Volkind, Pablo: "El acuerdo de 1920 entre la Federación Agraria Argentina y la Federación Obrera Regional Argentina (IX Congreso): alcances y límites en el marco de la conflictividad agraria de la época", *Revista Interdisciplinaria de Estudios Agrarios*, n° 31, 2° semestre de 2009, y "Los trabajadores agrícolas pampeanos: procedencia, tareas y condiciones laborales, 1890-1914", en CIEA: *Documentos del CIEA*, n° 4, 2009. Véase también Barandarián, Luciano: "Del gaucho al croto: continuidades y rupturas en las prácticas de la oferta de mano de obra en el mercado de trabajo rural", en Girbal-Blacha, Noemí y Mendonca, Sonia: *Cuestiones agrarias en Argentina y Brasil*, Prometeo, Bs. As., 2007.

posterior, contamos con el texto de Juan Manuel Villulla, que describe de algún modo la continuidad de esta historia desde los '70 en adelante, aunque con una perspectiva política y teórica distinta de la nuestra.¹⁴ No obstante, el obrero rural pampeano sigue estando lejos de la “gran historia”. Tal vez el síntoma más evidente lo constituye el que en el último ensayo de una reconstrucción general del agro argentino, lo que aquí ocupa centenares de páginas no alcanza a cubrir la mitad de una.¹⁵

Tampoco puede decirse que el personaje que nos preocupa haya prohiado algún tipo de producción cultural respetable. Si bien es cierto que el gaucho, sea cual sea su representación, es el arquetipo del mundo rural, su asociación con la ganadería y el caballo lo alejan de la realidad que aquí examinamos. Es decir, si bien puede aparecer como expresión del proletariado rural en alguna que otra vertiente ideológica (como el anarquismo, por ejemplo) lo cierto es que nunca se lo asociaría con el proletariado estacional de cosecha, incluso en el caso de artistas que nacieron en ese ambiente, como Atahualpa Yupanqui, cuyos primeros acordes en la guitarra fueron el resultado de la enseñanza de un tal “Mengucho Sosa”, estibador de estación. Por las letras de Atahualpa veremos desfilar “campesinos”, puesteros, peones de estancia, pero ningún juntador de maíz, cosechero, trillador, camionero o tractorista. Sólo hay mención, aquí o allá, al carrero, pero probablemente el de viejo tipo, no el moderno de las chacras cerealeras. Tanto en la literatura como en el cine, la música o la pintura, la imagen más común del campo pampeano es el chacarero (piénsese en *Chacareros*, de Berni) y no el obrero rural. Si no resulta extraño que *Los gauchos judíos* de Gerchunoff resulten ser burguesía rural, un poco más lo es que escritores de izquierda, como Wernicke, escriban sobre, otra vez, *Chacareros*. Una sola novela, que yo conozca, tiene como protagonistas a *Juntadores de maíz*, donde Nicolás Cócara retrata lo contrario de lo que mostramos aquí: un mundo estático, casi sin presencia política ni sindical, atrasado y “criollo”, de gente resignada a todo y atada a la tierra. Tal vez las únicas exposiciones literarias del obrero rural pampeano es la debida a dos personajes muy vinculados a ese mundo. El primero de ellos, el estibador y dirigente sindical Ángel Borda y su desopilante relato “La huelga en la trilladora”, donde los trabajadores de la máquina en cuestión, en pleno campo entrerriano, declaran un cese de actividades contra el cocinero borrachín que los deleita hasta altas horas de la noche con su polca preferida, *La carancho pichona*. El otro es el dramaturgo y militante anarquista Rodolfo González Pacheco.¹⁶ Referencias a la vida obrera rural se encontrará en algún que otro lado, pero de los que aquí nos ocupamos, hasta ahí llegó la cosa.¹⁷ Veremos que hay razones para esta pobreza de representación, más allá de la que

¹⁴Villulla, Juan Manuel: *Las cosechas son ajenas. Historia de los trabajadores rurales detrás del agro-negocio*, Editorial Cienflores, Buenos Aires, 2015. Del mismo autor, “Sindicalismo y formas de acción colectiva de los obreros agrícolas pampeanos: entre el Estatuto del peón de 1944 y la lucha contra las retenciones móviles de 2008”, en *V Jornadas de Sociología de la UNLP*, La Plata, 2008.

¹⁵Véase Barsky, Osvaldo y Jorge Gelman: *Historia del agro argentino*, Grijalbo, Bs. As., 2005, p. 236.

¹⁶El descubrimiento de esta presencia rural en la obra de González Pacheco corresponde a Folco, Gonzalo: “El agro pampeano en el teatro de Rodolfo González Pacheco”, *Razón y Revolución*, n° 22, octubre de 2011.

¹⁷La referencia a Mengucho Sosa, en la introducción a *Mi viejo potro tordillo*; al puestero, en *Milonga del peón de campo*; a los carreros, en *El carrero*. La novela de Wernicke es *Chacareros*,

señalara Castelnuovo en su momento, a saber, que la narrativa del campo argentino era en realidad “la tierra vista por los propietarios de la tierra”.¹⁸ Es cierto que la literatura de y/o sobre y/o para obreros es escasa en general y que, estando en un país donde la población es esencialmente urbana, no hay por qué esperar una zaga de héroes cosecheros protagonizando combates épicos. Siendo esto así, no alcanza a explicar el fenómeno, hay que mirar qué hicieron quienes debieron ser los depositarios más obvios de ese legado, es decir, los partidos de izquierda y los intelectuales marxistas. Como veremos, su claudicación ante la pequeña burguesía y la burguesía rurales (el “chacarero”) es una razón de mayor peso en el resultado.

Tenemos, hasta aquí, un objeto poco conocido (o tal vez, debiéramos decir a esta altura del desarrollo historiográfico, mal conocido), cuya importancia en la producción de la vida social y cultural resultaría irrelevante. La larga serie de textos que hemos reseñado podría hacer creer al lector que, en realidad, se ha escrito mucho sobre este personaje, desmintiendo esta conclusión. Pero si descontamos las menciones parciales, si separamos los textos anecdóticos, los poco informados o que repiten información ya conocida, en realidad no queda mucho y puede resumirse en los aportes surgidos del proyecto original de Ansaldi, del cual este libro y el de Ascolani son tributarios. Este último, comprensivo y bien informado, es, sin embargo y por razones de las que hablaremos en el capítulo tercero, un intento fallido por reconstruir el proceso histórico que tiene a nuestro personaje por actor central.

Esta reconstrucción es, precisamente, la piedra de toque del asunto. Si bien no está en nuestro interés una tarea de “rescate” al estilo “historia desde abajo”, casi siempre lindando con el folclorismo, si se trata de hacer observable una serie de procesos generales de la sociedad argentina y de la clase obrera que difícilmente puedan llevarse a la luz sin restituir al proletariado pampeano a su lugar en la historia general. Esa restitución permite mirar desde otra perspectiva el papel de la clase obrera en el desarrollo de la sociedad argentina y es, en este sentido, en el que la expresión de Rodolfo Walsh cobra toda su relevancia: no como ocultamiento y olvido de hechos (o no sólo), sino como desconocimiento del rol protagónico jugado en la construcción del mundo en que vivimos.

El proceso de investigación

El proceso de investigación que culmina en este libro atravesó dos momentos distintos, signados por problemas distintos. En efecto, el primero, iniciado por una intuición original de Waldo Ansaldi, se sintetizaba en la siguiente pregunta: ¿por qué en un país con una enorme producción agraria no parece desplegarse una importante conflictividad obrera rural? Con esa pregunta en mente comenzamos a trabajar y los resultados superaron el problema planteado.

El fruto de nuestro trabajo se sintetizó en dos aportes sustantivos. El primero, el relevamiento de un vasto conjunto de acciones obreras que cubrían varios

Procyon, Bs. As., 1951. La de Cócara, *Juntadores de maíz*, EMECE, Bs. As., 1984. El cuento de Ángel Borda, en *Perfil de un libertario*, Reconstruir, Bs. As., 1987.

¹⁸Castelnuovo, Elías: “El sentido de clase en la novela del campo argentino. La tierra vista por los propietarios de la tierra”, en *Razón y Revolución*, n° 19, 2° semestre de 2009.

ciclos de conflictividad entre 1870 y 1940, entre ellos, el más importante, el que arrancaba por 1915 y culminaba al menos en 1922. Una descripción apretada de esas huelgas, con una fracción muy menor de la información con la que hoy contamos, fue publicada bajo la forma de cuatro artículos en la compilación realizada por Ansaldi para el CEAL.¹⁹ El resultado de este relevamiento aportaba al conocimiento la certeza de la existencia de la lucha de clases en el agro pampeano, desmintiendo la imagen de un espacio idílico y, por lo tanto, dejando obsoleto el problema planteado originalmente. El segundo, la Tesis de Licenciatura, defendida hace ya 30 años (y cuyos contenidos se reproducen en los primeros capítulos de este libro), desbrozaba una serie de problemas concernientes a las condiciones materiales generales del trabajo rural en la pampa, en especial, la tecnología, los salarios y el mercado de trabajo, que permitían explicar las causas inmediatas de aquellos hechos.²⁰ El resultado cuestionaba la única explicación existente sobre las huelgas rurales, la de Ofelia Pianetto, que sostenía que eran una simple extensión de la conflictividad urbana: en nuestro criterio, la conflictividad agraria brotaba directamente de las condiciones imperantes en el agro pampeano.

Estas conclusiones cierran la etapa de desarrollo del problema tal cual lo había planteado Ansaldi y abrían otra: ya no la constatación de un “olvido” historiográfico sino la reconstrucción de un momento de la historia argentina en general y de la clase obrera en particular, tal cual puede observarse desde la experiencia de una de sus fracciones, la rural pampeana. El momento al que hacemos alusión es el del ascenso del proceso de acumulación del capital hasta desarrollar a pleno las relaciones que le son propias, y el pasaje de la clase en sí a la conciencia política, es decir, desde el punto más bajo al más alto de su existencia *dentro* del sistema capitalista. Un momento que puede fecharse entre 1870 y 1950. El período elegido, entonces,

¹⁹Ansaldi, *Conflictos...*, op. cit. Los artículos incluidos en la compilación son: Sartelli, Eduardo: “De estrella a estrella, de sol a sol. Huelgas de braceros en Buenos Aires, 1918-1922”; “Sindicatos obreros rurales en la Región Pampeana (1900-1922)”; “Una conflictividad débil. Los conflictos obreros rurales entrerrianos, 1918-1921” (en colaboración con Waldo Ansaldi); “Rehacer todo lo destruido. Los conflictos obreros rurales en la década 1927-1937”. Otros textos en los cuales se reflejó ese primer relevamiento empírico son: “Santa Fe y las huelgas de braceros de 1928”, en Adrián Ascolani (comp.): *Historia del Sur Santafeño*, Ediciones Platino, Rosario, 1993; “Las apuestas del movimiento obrero en la crisis de la Primera Guerra Mundial, 1914-1922”, en Centro de Estudios de Historia Obrera, *Boletín*, n° 5, mayo 1993.

²⁰Nuestra tesis de licenciatura, defendida en 1989, es *Las máquinas y los hombres (1900-1947)*, mecanografiado, 190 páginas. Otros textos en los que se ha volcado el desarrollo de la investigación en torno a la tecnología rural, son: Sartelli, Eduardo: “El nivel tecnológico de la agricultura pampeana, 1880-1940. A propósito del ‘atraso’ de mecanización de la cosecha maicera”, en *Estudios Sociales*, Santa Fe, 1993; “Del asombro al desencanto: La tecnología rural y los vaivenes de la agricultura pampeana”, en Andrea Reguera y Mónica Bjerg (comp.), *Sin estereotipos ni mitificaciones. Problemas, métodos y fuentes de la historia agraria*, IHES, Tandil, 1995; “Ríos de oro y gigantes de acero. A propósito de tecnología y clases sociales en el agro pampeano, 1870-1940”, en *Razón y Revolución*, n° 3, julio de 1997. Otras preocupaciones incluidas en la tesis que fueron objeto de desarrollo posterior, relativas a características de la fracción, condiciones de vida o procesos de trabajo son las siguientes: “Barcos en la pradera: Los carreros pampeanos, de la colonia al ‘granero del mundo’”, *Todo es Historia*, octubre 1993, n° 315; “La vida secreta de las plantas: el proletariado agrícola pampeano y su participación en la producción rural”, en Escuela de Historia, Facultad de Humanidades y Artes, Univ. Nacional de Rosario, *Anuario*, 1997; “Procesos de trabajo y desarrollo capitalista en la agricultura. La región pampeana, 1870-1940”, en *Razón y Revolución*, n° 6, mayo de 2000.

corresponde al nacimiento, el apogeo y el fin de toda una etapa de la vida argentina, la del despliegue más amplio de las relaciones que le son propias y que será coronada por el peronismo.

El modo de exposición

Como es sabido, la exposición de los resultados no procede ni de la misma manera ni con el mismo orden en el que aquellos fueron obtenidos. Distinguir entre el orden de la investigación y el modo de exposición es importante, no sólo para no someter al lector al caos que debió enfrentar el investigador, sino para prevenirse de la falsa sensación de que la respuesta se conocía de antemano. La exposición consiste en la reconstrucción del objeto en su movimiento, siguiendo un orden lógico y abstrayendo las determinaciones más importantes de lo anecdótico y superfluo, lo que obliga muchas veces a invertir la narración comenzando por aquellas conclusiones a las que se ha arribado al final de la investigación.

Efectivamente, como en toda investigación, en el camino hacia la resolución del problema, nos vimos obligados a ajustar cuentas con el conocimiento acumulado (teoría), debiendo despejar el camino de los obstáculos epistemológicos que el propio desarrollo de la práctica histórica ha ido creando, sobre todo en los últimos años, tanto en el campo de la historia de la clase obrera (capítulo 1) como de la cuestión agraria (capítulo 2). A ello está dedicada la primera parte: a superar aquellas formulaciones historiográficas que hacían difícil percibir la existencia de la clase obrera en general y de su fracción rural en particular. El tercer capítulo ofrecerá una síntesis de ambas cuestiones en relación a nuestro objeto de estudio. La segunda parte, por el contrario, trata de situarlo en el marco del proceso de acumulación de capital en el agro pampeano, a fin de reconstruir su importancia en tanto productor de valor. Para ello, deberemos exponer ese proceso (capítulo 4) y describir y caracterizar a sus protagonistas: burguesía (capítulo 5) y proletariado (capítulo 6). Obtendremos, además, información muy valiosa para resolver el problema que nos planteamos en la tercera parte, a saber, de qué procesos sociales y políticos generales forman parte los conflictos protagonizados por esta fracción particular de la clase obrera. Nos remontaremos allí al momento de formación de la clase (capítulo 7), al de su primera gran crisis (capítulo 8) y al correspondiente a la culminación de su desarrollo como tal en el marco de la sociedad capitalista (capítulo 9). Por último, en la cuarta parte, examinaremos los niveles de conciencia alcanzados por los trabajadores en su lucha contra la explotación capitalista, en particular, el conocimiento sobre su enemigo, al que su práctica dio lugar (capítulo 10), sobre la mejor forma de organizarse para defender sus intereses inmediatos (capítulo 11) y finalmente sobre el programa político que construyeron para asegurarlos, desplegarlos y, eventualmente, superarlos (capítulo 12).

Un detalle al margen, aunque no tanto: como verá el lector, dejamos abundante espacio para la cita. Creemos que dejar hablar a los protagonistas, no solo ayuda a comprender el clima de la época, a ubicarse en ese universo mental, a entender sus modos de expresión, a penetrar en las “estructuras de sentimiento”, sino también permite una reivindicación política: la de la palabra militante. Se dirá (se va a decir eso, seguro) que aquí habla solo el autor, incluso cuando cita. Se dirá (se va a

decir eso, seguro) que no escuchamos a la clase obrera misma cuando colgamos del papel extensas parrafadas extraídas de los periódicos proletarios. No nos importa, que se diga lo que se quiera. Una de las razones de la cita extensa se encuentra en un estricto acto de justicia: ellos hicieron esta historia, es justo que los dejemos hablar; ellos militaron, es justo reivindicar la palabra del militante, sea el reflejo exacto de la conciencia del último de los obreros pampeanos o no. En una época en que el populismo se utiliza como falsa reivindicación del “subalterno”, porque en realidad lo que se quiere es defenestrar al militante, nosotros le daremos, toda vez que se pueda, el derecho a hablarnos directamente.

Antes de empezar, unas palabras...

El tema de este libro es el lugar que ocupa la clase obrera en el desarrollo de la sociedad que la cobija, en particular, su desarrollo futuro. Surge como inquietud individual, pero expresa un problema social: a fines de la década de 1980, la sociedad argentina atravesaba una de sus tantas crisis y no parecía que su clase dominante fuera capaz de resolverla; al mismo tiempo, la caída del Muro de Berlín parecía sintetizar el sentimiento de fracaso histórico de la clase obrera como sujeto portador de historia. Era el momento en que se suponía que las clases ya no existían, nunca habían existido o tenido la centralidad necesaria en la producción social que esa tarea histórica demandaba. Parecía lógico, para alguien desencantado con las posibilidades ofrecidas por el statu quo, reflexionar sobre alguna forma del cambio social, primero que nada, constatando la veracidad (o la mendacidad) de los dogmas posmodernos imperantes.

Para que esa inquietud se transformara en una investigación científica el tema requería corporizarse en un objeto. El objeto obvio era la clase obrera en su dimensión mundial. Pero para que tal investigación fuera viable en términos materiales, ese objeto debía tener un tamaño asequible a las posibilidades del investigador. Efectivamente, el estudio del proletariado rural pampeano permitía, primero, recortar una porción manejable del objeto total. Por otra parte, en el campo de la historia argentina su invisibilidad era la contracara de su esperable importancia en la producción de valor. Si podíamos probar que el agro pampeano había sido construido sobre las espaldas de la clase obrera, probaríamos no sólo su existencia, al menos para el pasado argentino, sino también su centralidad para ese mismo pasado. Al mismo tiempo, si lográbamos reconstruir su participación en la vida política argentina, demostraríamos no sólo la centralidad de la clase obrera en la construcción material de la Argentina, sino su importancia en la historia social y política. La utilidad de este conocimiento, no sólo se mostraría en una mejor comprensión de las transformaciones de nuestra sociedad, sino también en el combate a la contrarrevolución burguesa en el campo de la ciencia. Serviría, por lo tanto, como rearme político de las fracciones de vanguardia del proletariado y sus intelectuales: no sólo las clases sociales existieron, sino que el análisis de clase es el único verdaderamente científico. Esta investigación se inscribía, entonces, en el campo del pequeño conjunto de intelectuales que, en medio de la reacción triunfante, se mantuvieron fieles en la defensa de la tradición marxista y del proyecto socialista. Hasta allí, las ilusiones que me

empujaron a gastar tantas horas de mi vida en archivos y bibliotecas, cuando no, en las rutas pampeanas, en busca de informantes.

Como señalé ya, esto que el lector tiene entre manos es la culminación de un trabajo que empezó hace más de treinta años. El lector se preguntará el porqué de tanto tiempo. Inicié mi vida intelectual con muy poca experiencia política. Rápidamente pude haberme insertado en el mundo académico con sólo *portarme bien*. Fui becario de CONICET, gané concursos en la universidad y comencé a publicar con asiduidad. Nunca me sentí tan vacío, intelectual y emocionalmente, como en esos años. Hijo de un albañil y una portera, ese mundo de la pequeña burguesía culta me producía un profundo desagrado. Fue así que, a contrapelo de mi propia generación, que había empezado por izquierda y se bajaba por derecha, yo no tuve mejor idea que hacerme “trotskista” y dedicar buena parte de mi tiempo al trabajo sindical y la lucha política universitaria y extra-universitaria. Una porción más que importante de los '90 se me fueron en eso. En cierta medida abandoné esa historia en la que dominaba la puerilidad y la ideología burguesa más rancia. Me fui enredando en más asuntos, como dice aquel buen compañero, y nacieron cosas de este mundo. El vivo mundo del movimiento piquetero, de la lucha callejera, de las marchas y las banderas rojas.

Curiosamente, ese momento en el cual mi vida intelectual adquirió un sentido más profundo, es decir, cuando aprendí algo importante sobre la Historia, algo que no había aprendido en la universidad, en ese mismo momento, digo, enterré mi carrera académica por una razón más mezquina. En efecto, mientras algunos compañeros y yo luchábamos por un mundo mejor, incluyendo en él a la misma universidad y organismos como CONICET, otros se dedicaban a amontonar papelitos. Es decir, “papers”, becas, viajes al exterior, certificados del portero de la Sorbona, publicaciones en las editoriales y revistas del establishment, cargos más o menos a dedo, congresos, concursos amañados, etc. Eso que pretende reemplazar aquello que se supone que uno tiene en la cabeza. El resultado paradójico fue que quienes luchamos por la universidad y el sistema de investigación nacional, nos quedamos afuera, precisamente por no amontonar “papelitos” mientras el país se incendiaba, en tanto que quienes no pensaban más que en su ombligo, se quedaban con todo. Los que luchamos entonces nos encontramos ahora buscando horas de secundario en Capital y provincia, desparramándonos por la geografía patria en busca de dedicaciones simples y cosas por el estilo. Ganándonos el mango.

Sin subsidios de ningún tipo, trabajando decenas de horas por semana, manteniendo una vida de lucha política e intelectual, este libro me ha llevado treinta años no por casualidad. Y no sólo porque uno luchó mientras otros recogieron los frutos de batallas que nunca emprendieron, sino también porque el que lucha cosecha no sólo amigos sino, sobre todo, enemigos. Enemigos que son los que uno se encuentra como jurados en concursos, en las revistas “con referato” o en las evaluaciones “secretas” de los organismos de investigación. Tal vez por eso nunca pude volver al CONICET del que fui expulsado en los '90 por Domingo Cavallo, a fuerza de salarios de hambre.

Sin embargo, la lucha tiene una virtud irremplazable para los intelectuales. Vacuna contra esas miserias. Y le permite a uno preocuparse por otras cosas ciertamente más importantes: ¿Habrà una calle Sic Borenstein? ¿Una alameda Juan Perusain? ¿Una plaza Vidal Mata, Humberto Correale, “El obrero del campo”, “Los mártires de Tres Arroyos”? ¿La tilingada miserable que se retuerce parásita en los cojines de oro tejidos con las espigas del trigo proletario, del proletario y

sudoroso trigo del mar infinito de las pampas, seguirá contando la historia a su modo? Si este libro sirve para entender con claridad por qué son ellos o nosotros, la tarea estará cumplida.

Puede que semejantes palabras asusten al pacato, al que tiene la lengua atrapada por la corrección académica, al que teme las consecuencias de la voz libre. Pero la historia muere en nuestras manos cuando lo único que podemos ofrecer es una página pulcra. La violenta mugre de la Historia amasa, por el contrario, las letras más bellas: las de la solidaridad y la lucha, las del combate y la camaradería. Hay que abrir la boca y dejarlas salir, entonces, sin temor al qué dirán. El que dice amar la Historia y no lo siente así, tiene castrada la pasión o, lo que es lo mismo, la vida. La verdad es la verdad. Que se sepa.

Parte I

Teoría

Si bien esta primera parte aparece como un conjunto de conclusiones a priori, ajenas a la investigación, se trata de una “ilusión óptica”: ya lo dijimos, el proceso de producción del conocimiento es distinto del proceso de exposición de los resultados. En efecto, a lo largo del proceso de producción del conocimiento se confrontan los hechos con el conocimiento acumulado, es decir, la teoría. Esa confrontación arroja conclusiones acerca del valor de ese conocimiento acumulado para seguir orientando la investigación. En el caso en el que los hechos resultan imposibles de ser explicados por la teoría, el conocimiento nuevo desplaza al antiguo. En caso contrario, lo confirma. A lo largo del extenso proceso de investigación que culmina en este libro, mucho de ese conocimiento acumulado ha resultado cuestionado por los hechos. Mucho de ello ha resultado confirmado.

Normalmente el conocimiento acumulado no se nos aparece bajo la forma de un conjunto homogéneo y coherente, sino como un campo de tensión entre cúmulos relativamente organizados en torno a datos, conceptos, leyes y principios. Así, lo que llamamos “teoría” en realidad se presenta como “teorías” o “cuerpos teóricos” rivales. En el mundo académico es de rigor que un tesista explicita su “marco” teórico, el “lugar” desde el que pretende hacer valer “su” conocimiento adquirido, es decir, que manifieste su “opción”. Como si la ciencia fuera un “espacio democrático” en el que cada uno tuviera derecho a elegir, como en un bazar, aquello que más le gusta.

Por el contrario, la ciencia y la democracia no tienen ninguna relación *interna* entre sí. Un cuerpo teórico, es decir, un conjunto de conocimientos adquiridos, desplaza a otros, que pierden validez y deben ser abandonados. Nadie defendería ni la validez ni la necesidad de estudiar, menos aun de investigar, la teoría de los humores de Galeno y ninguna tesis de ningún tipo sería aceptada con un “marco teórico” tal. A ningún tesista en ese campo se le ocurriría defender su “derecho” a elegir “su” marco teórico y obligar a la ciencia a retroceder al período previo al descubrimiento de la circulación sanguínea. Sin embargo, en las “ciencias sociales” (debiórase decir: en el ámbito de la ciencia que se ocupa del objeto llamado “sociedad”) pareciera que estas cuestiones elementales no sirven y “teorías” superadas ya por el conocimiento científico tienen “derecho” a la existencia y ser objeto de “elección”.

Lo que aparece a continuación es el resultado de la confrontación de los hechos descubiertos con los “conocimientos adquiridos”. No se trata de una “elección”, sino de una imposición del proceso de investigación y si se muestran al principio como una “toma de partido” y no en el orden real en que estas conclusiones

hicieron su aparición, se debe otra vez a las necesidades propias del orden lógico de la exposición. A fin de que el lector entienda la solución que ofrecemos al problema que nos planteamos, resulta necesario que removamos desde el comienzo aquellos falsos conocimientos que obstaculizaron nuestra investigación. Sintetizando, esos obstáculos apuntaban a la inexistencia de nuestro objeto de estudio, ya sea porque la clase obrera en general no existe o no se la puede conocer (capítulo 1) o porque, en el mejor de los casos, sólo tiene una existencia urbana (capítulo 2). El capítulo 3 sintetiza nuestra posición al respecto.

Como mostraremos a continuación, entre nosotros y nuestro objeto de investigación se interponían “obstáculos epistemológicos”, es decir, trampas construidas en el propio decurso de la disciplina histórica que impiden pensar ciertos problemas. No son simples “errores”, sino perspectivas que, sin examinar la realidad, obliteran la posibilidad de encarar unas vías de investigación en detrimento de otras. Básicamente, esos obstáculos son, en nuestro caso, el thompsonismo y el campesinismo. Por qué el campesinismo es un obstáculo para percibir la presencia del proletariado rural es algo fácil de entender. Tal vez resulte más extraña la misma acusación contra una corriente que se ha caracterizado por el rescate, precisamente, de la clase obrera y su protagonismo. Sin embargo, lo que apareció como una reivindicación de la autoactividad de la clase y un “aggiornamiento” del marxismo, derivó rápidamente en una banalidad idealista cuyo resultado último es la negación de la validez del análisis de clase. En efecto, cualquier investigador que se arriesgue a pensar el problema en términos de “clase” será acusado de “posivista” o “materialista vulgar”, en el mejor de los casos; de “estalinista” en el peor. Detrás de esa acusación no se encuentra una “oferta” teórica superadora, sino el simple prejuicio que ha determinado que las cosas “ya no se piensan así”. El descrédito del marxismo, producto de la experiencia del “socialismo real”, permite, a quienes reivindican el idealismo más ramplón, imponer la sospecha final de complicidad estalinista a cualquiera que ose desafiar el canon. El punto ha llegado a tal que incluso quienes se reivindican marxistas han incorporado dosis crecientes de idealismo a fin de evitar una identificación tan desagradable. De hecho, la última generación de historiadores del movimiento obrero, de la clase o sus luchas, ha caído en esta situación. A ése cóctel se lo ha asociado (no sin cierta razón) a la obra de Edward Thompson y la saga que ha dejado tras de sí un determinismo idealista que se conoce también como “culturalismo”. Algo parecido sucede con quien tenga la desgracia de enfrentarse al “campesino”, que merecerá siempre la comprensión y la buena predisposición de todo el mundo, haga lo que haga, porque se lo supone omnipresente miembro de las “clases subalternas” a las que sólo los reaccionarios critican. En este texto intentamos demostrar, no sólo que las clases existen, sino que la clase obrera rural es la contraparte explotada de la versión local del “campesinismo”, que insiste en considerar al chacarero como un no explotador.

Capítulo I

La historia de la clase obrera:

Entre la banalización y el positivismo

“Tenemos mucho para aprender de las miles de luchas obreras que han ocurrido en Gran Bretaña y en otros países. Sobre todas las cosas, nos han enseñado que, aunque se trata de una tarea larga y dificultosa, es posible hallar la materia del socialismo en los intereses, las solidaridades y las capacidades estratégicas de la clase obrera. En sus victorias y también en sus fracasos, estas luchas han demostrado lo que podría lograrse si el movimiento obrero contara con un instrumento político listo para llevar a cabo sus inmensos objetivos, y si todas las luchas aisladas y particulares por la emancipación y los ‘intereses generales de la humanidad’ se unieran, no solo a través de las parcialidades del discurso, sino también de la política de clase.”

Ellen Meiksins Wood

Introducción

El estudio de la clase obrera involucra el análisis de varios aspectos de la vida social, desde los fenómenos materiales más elementales, hasta los correspondientes a los que llamamos, según el gusto, “subjetivos”, de conciencia o “mentales”. Cuando se estudia una clase obrera en particular, es necesario también colocar su historia en el marco de esa historia más amplia del proletariado mundial. En cualquier caso, siempre se trata primero de recuperar el conocimiento adquirido (aquello que llamamos teoría) y confrontarlo a la experiencia concreta que se desea examinar. Es decir, todo estudio sobre un objeto cualquiera debe comenzar por el examen de su historiografía. De eso trata, parcialmente, este capítulo. Digo “parcialmente” porque no intento una reconstrucción del conjunto de la producción historiográfica sobre todos los ámbitos en que se reproduce la clase obrera, sino más bien examinar una corriente subterránea de pensamiento que, bajo los más diversos ropajes, constituye la forma del idealismo historiográfico dominante en la actualidad en relación al tema de este libro. A esta corriente, de muy vieja data pero que en su última versión puede asociarse al historiador inglés Edward Thompson, la denominaremos, sin ningún alarde de originalidad, “culturalismo”, por su tendencia a encontrar en el reino de lo “cultural”, las instancias determinantes de la vida social. Incluye un abanico de posiciones muy disímiles, que pueden expresarse simplemente como una negación de la determinación material de las clases sociales, la desjerarquización del conflicto de clase como el eje de la

conflictividad social, la defensa de otras determinaciones (de género, étnica, etc.) como más importantes que la de clase o simplemente como la negación de la posibilidad del conocimiento objetivo de la realidad. El proceso por el cual se desarrolla el “culturalismo”, es consecuencia, en el plano intelectual, del abandono del concepto de determinación material; en el plano social, de la derrota de la revolución en los años '70 y el ascenso de la “nueva derecha”. En los últimos años ha establecido su dominio en la izquierda bajo la forma de la “política de la identidad” que llegó al poder con los “populismos” latinoamericanos.

El “culturalismo” que aquí nos ocupa, comenzó como una corriente de “crítica” en Europa y EE.UU., asociado a la “nueva izquierda” anti-estalinista. Sin embargo, en los '80 y, sobre todo, en los '90, se transformó en una vía de escape del marxismo para los intelectuales que se pasaban al campo de los vencedores. Representó el puente hacia el posmodernismo y, por lo tanto, la expresión teórica de la contrarrevolución iniciada con Reagan y Thatcher.¹ Coincidente (y no por mera coincidencia) con la oleada antimarxista que se desató en todo el mundo en los años '80, en la Argentina el capítulo “historiográfico” de la estrategia burguesa de vaciamiento del instrumental teórico de la revolución asumió la forma de “renovación” y “modernización”. La “clase” no era la categoría adecuada para estudiar la sociedad argentina, ya sea porque no había existido sino hasta muy tarde o porque había otras “identidades” más importantes, como la étnica. Algunos iban más allá y sostenían que la realidad no podía conocerse, de modo que, posmodernamente, no había mucho que discutir. Esa variante no tuvo mucha cabida en el marco de la renovación historiográfica de los '80, en buena medida porque sus impulsores carecían del cinismo necesario que requiere una postura de ese tipo. Embarcados en el experimento alfonsinista, la necesidad de defender ciertas ilusiones (como la “transición a la democracia”), mantenía a raya las tendencias relativistas: la sociedad existía, las clases no. Quedaban, entonces, por fuera del marxismo, pocas opciones: o se recaía en el individualismo metodológico propio del liberalismo, o se encontraban algunas categorizaciones que rescataran algún tipo de agrupamiento social, al estilo del funcionalismo o alguna variante weberiana.

Desde otras posiciones políticas, el rescate de la “clase” sirvió como una forma de instalar una corriente de “izquierda” historiográfica que pretendía defender la actividad del proletariado y su capacidad para transformar la historia. Paradójicamente, tanto ellos como los que preferían abandonar el concepto se filiaban en el llamado “marxismo británico” y, en particular, en la obra de Edward Thompson. En un tercer y más reciente momento (y, por suerte, con un despliegue muy acotado en la historia, aunque no en la sociología) se desarrollarán en Argentina las tendencias posmodernas, asociadas en general a los Estudios Subalternos y a algunas otras perspectivas supuestamente radicales (Holloway, Negri, Virno, etc.), hasta llegar al populismo laclausiano y las “epistemologías del sur”.

Aunque se ha intentado ver al thompsonismo como una respuesta al agotamiento del “marxismo estalinista”, “positivista” o “cientificista”, es posible considerarlo el momento de pasaje del marxismo de raíz clásica (Marx, Engels, Lenin, Trotsky, Gramsci) al posmodernismo. Ya sea que se quede a mitad de camino (el “thompsonismo” de Thompson, por decirlo de alguna manera) o que llegue hasta

¹El proceso más general puede verse en Meiksins Wood, Ellen: *¿Una política sin clases? El post-marxismo y su legado*, Ediciones ryr, Bs. As., 2013 y Petras, James: “Los intelectuales en retirada”, en *Nueva Sociedad*, n° 107, 1990.

el final (los *Subaltern Studies*), hoy por hoy, esa construcción político-ideológica que se asocia, más cerca o más lejos, con el historiador británico, es el principal obstáculo a desmontar para recuperar un análisis científico de la clase obrera. Por eso, como ya dijimos, este capítulo no constituye un análisis exhaustivo de la historiografía argentina y mundial sobre la historia del proletariado, sino de esta tendencia peculiar que bajo formas diferentes domina el campo en la actualidad, el “culturalismo”. Examinaremos primero este derrotero de la historiografía mundial, para luego observar de cerca su momento argentino. Una última aclaración: el lector verá que la bibliografía y las alusiones bibliográficas encuentran su límite temporal hacia fines de la primera década del siglo XXI. Ello obedece al hecho que, en términos historiográficos, nada nuevo ni importante se ha escrito en la última década, ni en términos locales ni internacionales, fuera de algunas cosas que citaremos más adelante.

I. De Stalin a Guha

El culturalismo tiene un contexto de emergencia muy amplio, que incluye, entre otros, al estructuralismo y sus secuelas. Nos limitaremos aquí a exponer el camino más asociado a la historia de la clase obrera, el que va desde el Grupo de Historiadores del Partido Comunista Británico al subalternismo latinoamericano.

1. La tradición marxista “británica”

El conjunto de historiadores del que aquí se habla es, en realidad y contra lo que sus apologistas quieren, una porción menor de la rica tradición inglesa de intelectuales marxistas que se remonta casi al mismo Marx (de hecho, toda la historiografía del grupo en cuestión está marcada por *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, de Engels).² El socialismo en Inglaterra siempre tuvo una corriente dominante abiertamente liberal (en particular, el socialismo fabiano: Wells, Shaw, Webb), pero también una más afín al marxismo (encarnada sobre todo por Eleanor Marx, Aveling y Morris). Durante la primera mitad del siglo XX, varias figuras provenientes del comunismo o cercanas a su órbita mantendrán la

²Los textos en los que basamos esta reconstrucción son: “E. P. Thompson, the British Marxist Historical Tradition and the Contemporary Crisis”, de Harvey Kaye, en Kaye, Harvey and Keith McClelland (ed.): *E. P. Thompson. Critical Perspectives*, Temple University Press, Filadelfia, 1990; Kaye, Harvey: *Los historiadores marxistas británicos*, Prensas Universitarias, Zaragoza, 1989; Palmer, Bryan: *E. P. Thompson: Objections and Oppositions*, Verso, London, 1994; Anderson, Perry: *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, Siglo XXI, México, 1987; Anderson, Perry: *Tras las huellas del materialismo histórico*, Siglo XXI, Madrid, 1986; Meiksins Wood, Ellen: “A Cronology of New Left and its Successors or: Who is Old Fashioned Now?”, in *Socialist Register* 1995; Miliband, Ralph: “El nuevo revisionismo en Gran Bretaña”, en *Cuadernos del Sur*, n° 8, octubre de 1988; Hobsbawn, Eric: “El marxismo hoy”, en *Cuadernos políticos*, n° 36, abril-junio de 1983; Saville, John: “Edward Thompson, the Communist Party and 1956”, en *Socialist Register*, 1994; Aracil, Rafael y Mario García Bonafé: “Marxismo e historia en Gran Bretaña”, en A.A.VV: *Hacia una historia socialista*, Ediciones del Serbal, Madrid, 1983; Barrett, James: *History from the Bottom Up & the Inside Out*, Duke University Press, Durham, 2017.

presencia viva del marxismo en amplios campos de la vida intelectual (la historia de la ciencia –Bernal, la biología –Haldane, la historia del mundo antiguo –Farrington-, la crítica literaria –Caudwell, la historia económica –Dobb-, y otros).³ El conjunto de intelectuales conocidos genéricamente como “marxismo británico” va a surgir dentro de ese movimiento, como parte del Grupo de Historiadores del Partido Comunista Británico, fundado y dirigido por Donna Torr y formado por entonces jóvenes que devendrían luego en historiadores famosos: Rodney Hilton, Christopher Hill, Victor Kiernan, Eric Hobsbawn, Edward Thompson, George Rudé, etc. Cada uno tomará un período de la historia inglesa con el objetivo de demostrar que la creencia en la armonía dominante y la ausencia de conflictos poderosos en la sociedad británica era falsa. El grupo pretendía demostrar que la lucha de clases había caracterizado la historia inglesa tanto como a cualquier otra.⁴ Con el tiempo se desmembrará, sobre todo a raíz de la política soviética (la invasión a Hungría y Checoslovaquia, las revelaciones del XX Congreso, etc.) y sufrirá el embate de la “nueva izquierda” inglesa, en particular el grupo reunido en torno a la *New Left Review* (Perry Anderson y Robin Blackburn), filo trotskista muy influido por el guevarismo, el althusserismo y el maoísmo “occidental” y vinculados de alguna manera a Isaac Deutscher. Algunos, como Hobsbawn, permanecerán fieles al PC hasta muy tarde y enfrentarán historiográficamente a las nuevas tendencias (véanse en particular *Rebeldes primitivos* y *Revolucionarios*) y otros se plegarán a la “nueva izquierda”, constituyéndose de hecho en sus referentes, como es el caso de Edward Thompson. Este ambiguo punto de partida del thompsonismo (entre el PC y la “nueva izquierda”) explica sus contradicciones, las razones de su éxito en los '80 y de su incorporación al canon posmoderno en los '90.

En efecto, el “debate Thompson” surge en el interior del marxismo como una controversia contra el althusserismo, al que se identifica con el estalinismo, pero en realidad es, también, un embate contra esa “nueva izquierda” de los '60 a la que Thompson no tiene mucho que ofrecerle y con la cual tiene una relación conflictiva.⁵ En los '80, sin embargo, con el fracaso de esa “nueva izquierda”, el

³Dobb, Maurice: *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, Siglo XXI, México, 1987; Caudwell, Christopher: *La agonía de la cultura burguesa*, Ediciones ryr, Bs. As., 2008; Farrington, Benjamin: *Ciencia y política en el mundo antiguo*, Ayuso, Madrid, 1979 y *El cerebro y la mano en la Antigua Grecia*, Lautaro, Bs. As., 1949; Haldane, J. B. S.: *La desigualdad del hombre*, Fabril editora, Bs. As., 1961; Bernal, John D.: *La ciencia en la historia*, Nueva Imagen, México, 1981.

⁴Se trata, obviamente, de una simplificación. El grupo, efectivamente, confrontó con la idea de que en Inglaterra no se había producido ninguna revolución (ni la burguesa ni la industrial), en especial contra historiadores y filósofos como Clapham, Ashton y Von Hayek, que remarcaban la continuidad más que la ruptura, así como también el progreso universal que había significado, incluso para la clase obrera, la revolución industrial. El debate sobre el “estándar de vida” de los obreros durante esta última, entonces, ocupó un lugar importante en su primera etapa. Pero el grupo también llevó adelante una polémica temprana contra la historia política conservadora de Namier y Butterfield, acerca del progreso político (la lucha por las libertades democráticas que se remontan a la Carta Magna). Los conservadores destruyeron el mito de la historia “whig”, pero a costa de una mirada profundamente reaccionaria y escéptica de la posibilidad del progreso humano. Un tercer punto de confrontación se desarrolló contra la crítica empirista a la teoría marxista de la historia, por parte de Karl Popper e Isaiah Berlin. Sobre estos problemas, véase Perry, Matt: *Marxism and History*, Palgrave, New York, 2002.

⁵La cantidad de tinta que corrió, mucha de ella completamente inútil, sobre este debate es infinita, de modo que nos limitaremos a indicar los textos centrales. El combate de Thompson

thompsonismo apareció como una vía de reconstrucción posible del marxismo, separado del estalinismo y ligado a la tradición del movimiento obrero. Quien más ha hecho por instrumentalizar a Thompson para esta tarea es la filósofa canadiense Ellen Meiksins Wood, formando un tándem con el historiador norteamericano Robert Brenner, dirigente principal de la organización Solidarity. Brenner, trotskizante, intenta también recoger la herencia del marxismo yanqui, en particular, la de la *Monthly Review* de Paul Sweezy y de los historiadores “radicales” (Gordon) y “desde abajo” (Eugene Genovese). A todo este conjunto variopinto y plagado de diferencias y contradicciones (al que se suele adosar a Richard Hogart y Raymond Williams), se le ha colgado el título de “marxismo político”, caracterizable por el énfasis puesto en la centralidad de la lucha de clases. De este arco difícil de unir, la figura de Thompson vendría a constituir la piedra de toque.

Donde con más claridad se observa esta manipulación con voluntad unificadora, es en la obra de Harvey Kaye, *Los historiadores marxistas británicos*.⁶ Su tesis central es que estos historiadores marxistas comparten una problemática (forman una “tradición” teórica), caracterizada por el combate contra el determinismo economicista, la problemática de la transición del feudalismo al capitalismo como cambio social, la preferencia por el análisis de la lucha de clases y por la historia

contra la “nueva izquierda” trosko-mao-guevarista representada por el grupo de la *New Left Review* comienza con una respuesta a la sorprendente y absurda idea de Perry Anderson sobre que en Inglaterra no se había producido una verdadera revolución burguesa, razón por la cual la vieja aristocracia se mantenía en el poder todavía en la segunda mitad del siglo XX (“Origins of the Present Crisis” y “Socialismo y pseudoempirismo”, ambos en *NLR*, en el nº 23 el primero y en el 35 el segundo, de 1964 y 1966 respectivamente). Thompson atacó con un soberbio ensayo, “The Peculiarities of the English”, en *Socialist Register*, 1965, aunque Anderson no aprendió nada y repitió las mismas ideas tiempo después (“Components of the National Culture”, traducido al castellano como *La cultura represiva*, Anagrama, Buenos Aires, 1977). El debate se transformó luego en una controversia sobre el valor de la historia, denostada como “empirismo”, y sobre el lugar del sujeto en los procesos históricos, siendo acusado Thompson de “humanista”. Apareció, precisamente, como un debate entre el “humanismo” y el “estructuralismo” o entre Thompson y Althusser, aunque éste nunca se involucró. Abrió el fuego Thompson, con *Miseria de la teoría* (Crítica, Barcelona, 1988), que fue respondido por Perry Anderson poco después en *Teoría, política e historia. Un debate con E. P. Thompson* (Siglo XXI, Madrid, 1985). Un ataque directo contra Thompson se desarrolló contemporáneamente en las páginas de *History Workshop*, en particular por parte de Richard Johnson (“Edward Thompson, Eugene Genovese y la historia socialista-humanista”), seguido por un intercambio en el que participaron Keith McClelland, Tim Putnam, Gavin Williams, Robert Shenton, Tim Mason, Simon Clarke, Gregor McLennan y Gareth Stedman Jones, publicado en castellano como la ya citada *Hacia una historia socialista...* Una nueva ronda sobre el debate se produjo en el *History Workshop Journal* en 1981, con intervenciones de Stuart Hall, Richard Johnson, Raphael Samuel y E. P. Thompson, recogido en castellano en Raphael Samuel, ed.: *Historia popular y teoría socialista*, Crítica, Barcelona, 1984. Una serie de textos posteriores que evalúan elementos de esta polémica se reúnen en la compilación de Kaye y McClelland citada más arriba, con contribuciones de Geoff Eley, William Sewell, Catherine Hall, Renato Rosaldo, Ellen Meiksins Wood, Robert Gray y otros. En general, no campea allí el espíritu crítico. Entre los defensores de Thompson merece destacarse Meiksins Wood, Ellen: “El concepto de clase en Thompson”, en *Cuadernos Políticos*, nº 36, abril-junio de 1983. En Argentina puede consultarse el texto de Sazbón, José: “Dos caras del marxismo inglés. El intercambio Thompson-Anderson”, en *Nietzsche en Francia y otros estudios de historia intelectual*, UNQUI, Bernal, 2009.

⁶Kaye, *Los historiadores...*, op. cit. La idea de una “tradición” constituida por estos historiadores ya estaba presente en Richard Johnson (“Edward Thompson...”, op. cit.)

“desde abajo”, la concepción del marxismo como “teoría para la determinación de las clases” y una contribución a una conciencia histórica socialista democrática.

La clave de esta reconstrucción consiste en unificar a todas estas expresiones y reconducir al numen tutelar, Thompson, a una lectura del marxismo más cercana a la, paradójicamente, más fiel a la “ortodoxia stalinista”, la de Eric Hobsbawm. Efectivamente, se trataba, ya en el artículo señero de Meiksins Wood, de rescatar a Thompson de sí mismo, de sus tendencias idealistas que permitirían su utilización por el naciente posmodernismo. Este idealismo del historiador inglés coagularía en la otra gran lectura de la historia thompsoniana y la culminación lógica de la historia “desde abajo”: la escuela de estudios de clases subalternas, de Ranajit Guha, de la que nos ocuparemos más adelante. Veamos primero en qué consiste el “thompsonismo”.

Los elementos centrales de la intervención thompsoniana son los siguientes: 1. la importancia de los elementos subjetivos en la constitución de las clases sociales; 2. la relevancia de la “experiencia” en la conformación de dichos elementos; 3. la acción del sujeto en su auto-construcción, es decir, su desempeño en la lucha de clases; 4. la resistencia como forma de acción privilegiada; 5. la autonomía de la cultura popular.

El primer punto deriva de su convicción de que no hay clase social si no existe algún tipo de conciencia. Aquí tienen un lugar importante tanto el concepto de “tradición” como el de “economía moral”. Este énfasis en el lugar de la conciencia, que interpretado en cierto sentido significa simplemente un punto de llegada de la “experiencia”, irá posteriormente derivando hacia un rol constituyente: si en el primer sentido el elemento subjetivo es el que corona el proceso de “formación” de una clase, en el segundo, ese elemento subjetivo es el que crea la clase o, mejor dicho, su sustancia misma, algo que no está lejos de Laclau y Mouffe.⁷ La deriva hacia una lectura idealista (discursiva) es un peligro ya latente en Thompson.⁸

El segundo punto también puede interpretarse en un doble sentido: siguiendo la clásica expresión de Marx, fundante del análisis materialista (“la vida determina la conciencia”, entendiéndose por “vida” el despliegue de las contradicciones contenidas en las relaciones sociales de producción) o de un modo genérico (entendiéndose aquí por “vida”, cualquier experiencia humana). Igual que en el punto anterior, el énfasis que se ponga en la existencia o no de una jerarquía de relaciones sociales, determina una postura materialista o una idealista. En efecto: si se supone que las relaciones de producción son las relaciones sociales fundamentales y que todas las demás se alinean a partir de ellas, la conciencia es expresión de la experiencia de la explotación social. Si se niega tal jerarquía, cualquier instancia de la vida social tiene la misma importancia que las relaciones sociales de producción: los sujetos se constituyen, entonces, a partir de otras determinaciones (el discurso, por ejemplo) o, de una manera más ecléctica, de una mezcla de todas ellas. Como

⁷Véase en particular Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe: *Hegemonía y estrategia socialista*, Siglo XXI, Bs. As., 1987.

⁸El concepto de “experiencia” ha devenido en una especie de tótem, sobre todo entre los historiadores de izquierda o supuestamente marxistas. Sin embargo, ha sido utilizado también y en especial por el tradicionalismo derechista y por perspectivas lejanas al marxismo. Sobre el tema, véase Jay, Martin: *Cantos de experiencia. Variaciones modernas sobre un tema universal*, Paidós, Bs. As., 2009, en particular el capítulo 5, dedicado parcialmente a Raymond Williams y Edward Thompson.

bien demuestra la crítica a la noción de experiencia de Anderson, Thompson da pie a cualquiera de las dos lecturas. De hecho, en la formación de la clase obrera inglesa el proceso material (la revolución industrial) es colocado a la misma altura que la coyuntura política (la represión anti-jacobina) y otros elementos subjetivos.

Siguiendo en la misma línea, la idea de que la clase obrera se hace a sí misma en la lucha puede entenderse en un sentido restringido o de un modo más amplio. En un sentido restringido, se señala que a partir de su condición la clase lucha, toma conciencia y ese proceso la transforma en sujeto y, por lo tanto, en titular de una acción creadora. En un sentido amplio, puede entenderse como un sujeto autónomo, autorregulado y libre.

La categoría de resistencia ha dado pie a dos operaciones distintas: por un lado, como modo de designar un tipo de acción; como categoría que reemplaza a todos los tipos de acción, por otro. En efecto, en el primer caso, se trata de la denominación que se impuso, a partir de *La formación histórica de la clase obrera inglesa*, a la actitud esperable en las clases subalternas como expresión de su autonomía: aún a pesar de la derrota o de la imposibilidad de otro tipo de acción, siempre queda un resquicio por el cual ofrecer alguna muestra de rechazo de la dominación. La elección de una forma de acatar un edicto del poder, como en *La muerte de Chandra*, de Guha, o una broma gastada a costa de unos pobres animales, como en *La gran matanza de gatos*, de Darnton, son testimonio de esa actitud irredenta. También el mismo concepto ha sido extendido para corporizar grandes movimientos de clases, como el Cordobazo. Veremos más adelante la crítica al concepto, dejando sentado que esta ambigüedad es lo que le ha dado su popularidad: por un lado, resulta ideal para la actitud populista del “rescate” de la historia “oculta”, de las “clases subalternas”, de los “oprimidos”, etc. Por otro, tiene tal vaguedad, que puede aplicarse a cualquier contexto y acción, sin requerir ninguna sutileza de análisis. Veremos también que contiene una serie de consecuencias políticas que lo hacen simpático a izquierda y derecha. Goza, entonces, de un vasto público, sobre todo entre “progresistas”, feministas, defensores de los derechos humanos, luchadores contra el racismo, anticomunistas, nacionalistas, etc.

El último punto es el soporte de todos los demás: el presupuesto de la autonomía última del sujeto “subalterno”. También puede entenderse en dos sentidos distintos: la clase obrera es, en última instancia, soporte de intereses opuestos a la clase que la explota y, por ende, distinta de ella e irreductible en última instancia a la ideología, que no puede nunca coincidir objetivamente con sus intereses; el mundo de la clase obrera no puede asimilarse en modo alguno al mundo de la burguesía o, en términos que utilizaremos más adelante, el subalterno ni siquiera puede ser conocido.

Estas dos líneas diferentes de interpretación del thompsonismo llevan por dos caminos distintos: en el primero de ellos puede reconocerse un derrotero claramente marxista, en nada diferente de autores considerados “ortodoxos”, como Eric Hobsbawm o Pierre Vilar. El segundo va a desembocar en una historiografía abiertamente posmoderna. A una conclusión parecida (a saber, que Thompson habilita una lectura posmoderna de su obra) arriba Caínzos López:

“En resumen: Thompson, por una parte, y Laclau y Mouffe por otra, llegan por vías muy diferentes a posiciones que, aunque diversas, convergen en una serie de supuestos teóricos clave (reduccionismo accionalista, relacionalismo pluralista ecléctico, historicismo, concepción interpretativa y, en última instancia, empirista de la investigación social) que acaban convirtiendo su